

Contenido

¿Y DIOS EXISTE??.....	2
INTRODUCCIÓN	2
CATOLICISMO Y PRUEBAS.....	3
VERIFICANDO NUESTRAS EXPECTATIVAS	5
¿EXISTE ALGUNA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE DIOS?	8
Conocer a Dios mediante el mundo físico	8
Caso # 1: Causas y efectos	9
Caso # 2: El diseño del mundo.....	10
Conocer a Dios mediante la naturaleza humana	12
Caso # 3: La conciencia	12
Caso # 4: Inquietud humana	14
PASOS PARA CONOCER A DIOS	16

¿Y DIOS EXISTE??

INTRODUCCIÓN

Hoy, cuando alguien en el mundo occidental pregunta cómo podemos saber si Dios existe, generalmente se tiene en mente al Dios que se nos describe en la Biblia.

El cristianismo, junto con el judaísmo y el islamismo, han moldeado nuestro pensamiento religioso común de tal forma que normalmente no pensamos, como lo hacían los antiguos paganos, en una colección de dioses menores que competían entre sí. Cuando decimos *Dios*, nos referimos a un Dios único, grandioso, primero y absoluto, omnipresente, el creador, el que vela y guía todo el orden del universo.

Cuando preguntamos “¿Existe Dios?” Por lo general no nos referimos a “¿existe algún dios entre otros muchos?” sino, “¿es real el *único* Dios?”

Este folleto trata sobre conocer acerca de Dios, y principalmente de lo que podemos conocer acerca de Él mediante la razón humana. Desde el punto de vista de la Iglesia Católica, ofrece una respuesta a la pregunta: “¿Cómo puedo saber que Dios existe?” Más adelante se encuentran breves argumentos de fe y razón, de pruebas sobre la existencia de Dios y de medidas prácticas que pueden tomar aquellos que desean encontrar a Dios.

Los católicos tienen la creencia de que la forma más certera, segura e íntima de conocer a Dios en este mundo es mediante la fe en Jesucristo. Creemos que Jesús, a quien San Pablo llama la *imagen del Dios invisible*, (cf. 1 Col 1,15 y 1 Co 11, 7 y 2 Co 4, 4.), es la total revelación a la humanidad de Dios, en persona. No lo sabemos mediante pruebas científicas o argumentos, sino mediante la fe, un don de sabiduría que Dios nos ha dado. (cf. Hb 11,1)

Los católicos no creen que la fe sea la *única* forma de conocer acerca de Dios. La gente puede conocer algo acerca de Dios –partiendo del hecho de que realmente exista – incluso antes de tener fe. San Pablo escribe acerca de esto en su carta a los romanos: *ya que sus atributos invisibles –su poder eterno y su divinidad se hacen visibles a los ojos de la inteligencia, desde la creación del mundo, por medio de sus obras*. (cf. R, 1,20)

En principio, toda persona con uso de razón puede conocer la existencia de Dios. Estas dos formas de conocer acerca de Dios – la forma sobrenatural de la fe y la forma natural de la razón – no compiten entre sí. La fe armoniza con el razonamiento sólido, (cf. CEC 156, 159) aun cuando vaya más allá del límite del entendimiento humano natural. Esto no significa que simplemente debamos pasar por alto la razón y precipitarnos en la fe. En primer lugar, como la fe proviene de Dios, no está para que la tomemos cuando queramos. Y por el bien de quienes no tienen fe, hombres y mujeres que sin embargo tienen el poder de la razón natural, es importante ver qué clase de conocimiento *natural* de Dios pueden desarrollar. Este descubrimiento natural o racional de Dios, está

implícito en cualquiera que alcanza la fe y a veces es un paso explícito en el camino de creer en el Dios que se revela a Sí mismo.

Al defender la capacidad de la razón humana para conocer a Dios, la Iglesia expresa su confianza en la posibilidad de hablar de Dios a todos los hombres y con todos los hombres. Esta convicción es la base de su dialogo con las otras religiones, con la filosofía y las ciencias, y también con los no creyentes y los ateos. (cf. CEC 39)

Las pruebas lógicas de la existencia de Dios son como los principios médicos de la buena nutrición: son de importancia práctica en la vida diaria de todos, pero no todos necesitan entenderlos científicamente. Asimismo, un conocimiento de la teoría acerca de Dios o de la nutrición es muy diferente a poner en práctica un conocimiento preciso; y más aun, la gente puede saber y hacer lo correcto sin comprender todos los detalles esenciales y distinciones de la medicina o de la teología. Como escribió Santo Tomás de Aquino (1224-1274), Dios otorga la fe a mucha gente porque si nos dejara a todos únicamente con nuestra razón natural, tan solo poca gente conocería la verdad acerca de Él (aquellos con el tiempo y el interés en explorar los temas a profundidad), después de mucho tiempo de análisis y con muchos errores. (cf. *Suma Teológica*, I, 1, 1.)

Como a Dios no le interesa simplemente que tengamos ideas correctas sobre Él, sino que lleguemos a amarlo y lo conozcamos personalmente, tiene sentido que no solo nos permita sentarnos a analizar teorías acerca de Él. Dios distribuye el don de la fe generosamente, de modo que la totalidad de creyentes disfrute de un sentido sobrenatural de la fe. “El Espíritu de la verdad suscita y sostiene este sentido de la fe. Con él, el Pueblo de Dios, bajo la

dirección del Magisterio de la Iglesia... se adhiere indefectiblemente *a la fe transmitida a los santos de una vez para siempre*". (cf. CEC 93ss y LG 12)

Pero, ¿y si Dios no le ha concedido a alguien el don de la fe? Las personas honradas pueden no estar seguras si Dios es real, y si Él es "la respuesta" a las interrogantes de la existencia humana. Para las personas que no disfrutan de la gracia de la fe, la razón natural es el único punto de origen. El *Catecismo de la Iglesia Católica* explica que, incluso antes de la fe, aquellos que buscan a Dios descubren ciertas formas de conocerlo. Se les llama también pruebas de la existencia de Dios, no en el sentido de las pruebas propias de las ciencias naturales, sino en el sentido de "argumentos convergentes y convincentes" que nos permiten obtener certeza acerca de la verdad. (cf. CEC 31). La razón de la importancia de estos argumentos se debe a que pueden disipar los prejuicios que pudiéramos tener contra la fe, mostrando que la fe no se opone a la razón humana.

VERIFICANDO NUESTRAS EXPECTATIVAS

El autor católico inglés, John Henry Newman (1801-1890), dijo en una ocasión: "No existe verdad, sin importar cuán intensamente clara pueda ser, de la cual los hombres no puedan escapar con un parpadeo". Ningún argumento lógico, experimento o demostración podrá jamás *forzarnos* a aceptar una conclusión.

Como todos sabemos por experiencia propia, podemos ignorar fácilmente la verdad por orgullo propio, miedo o cualquier otra pasión, especialmente cuando no hay alguien presente que nos haga responsables de ello. Por lo tanto, no se puede esperar que ningún

argumento lógico para la existencia de Dios sea capaz de imponer nuestra aceptación.

Este es el caso, y aún más si somos insensibles a nuestra propia debilidad e inconstancia, puesto que los sentimientos de autosuficiencia pueden inclinarnos a una falsa confianza de nuestras propias opiniones. Todos los argumentos del mundo, por más convincentes que sean, no pueden conmover al hombre que decide ignorarlos. Y aunque no ignoremos una conclusión, aún existe la opción fácil de aceptarla superficialmente. Podemos decir: “¡Por supuesto que sí!” pero fracasar al poner en práctica la verdad. Supongamos, por ejemplo, que un hombre –llamémoslo “Rafael” – es adicto a la nicotina y fuma 40 cigarrillos diarios. Los amigos de Rafael pueden sentarlo y darle un sinnúmero de buenas razones para que deje de fumar. Incluso pueden explicarle el daño que los cigarrillos le hacen a sus pulmones, que pueden provocar cáncer, etc. Sin embargo, si Rafael es testarudo, nunca *estará* de acuerdo en que fumar es perjudicial para él, aunque en realidad lo sea. Pero por otro lado, supongamos que Rafael asiente con la cabeza y dice estar de acuerdo con sus amigos: ¿significa que va a tratar de dejar de fumar? ¡De ninguna manera! Quizás Rafael nunca trate de poner su conclusión en práctica. Incluso antes de que consideremos los hábitos y la adicción física que Rafael debe enfrentar, puede faltarle la simple *voluntad* de cambiar. Sin esta voluntad de actuar respecto a la verdad conocida, Rafael nunca mejorará su situación.

Pongamos otro ejemplo y supongamos que en lugar de fumar, Rafael es un hombre que no cree en Dios. Podrá encontrar varias razones para creer, pero decide ignorarlas o tratarlas como meras ideas

interesantes: sin importar los argumentos, depende de Rafael decidir lo que desea hacer con sus conclusiones.

Si desde el principio alguien está renuente a aceptar cierta conclusión o a empezar a actuar al respecto, no vale la pena discutir sobre el asunto. Por el contrario, tendría mucho más sentido discutir las razones para no ser receptivo (aun antes de la discusión) a los argumentos, o a preferir dejar a Dios y la religión fuera de nuestros pensamientos. Después de todo, admitir la realidad del Dios en el que creen los cristianos, significa una confrontación con la llamada radical de los cristianos a la entrega y conversión de vida. Cuando aún no se ha experimentado la alegría y paz natural que son normales para la vida del cristiano, puede ser extremadamente difícil la inversión práctica de cambiar nuestros hábitos. (En efecto, aquí podemos comenzar a apreciar que el don de la fe, más que una simple modificación, implica una seguridad y voluntad de obrar que también proceden de Dios: no está en nosotros creer sin esta gracia por la cual aceptamos la revelación de Dios sobre Sí mismo y actuamos al respecto).

Finalmente, no es de esperar que las “pruebas” o argumentos sobre la existencia de Dios dobleguen cada una de las causas del escepticismo. Su propósito es demostrarle al erudito objetivo que creer es razonable. Sin embargo, si no estamos tranquilamente abiertos a la cuestión, sino que nos dejamos llevar por los deseos, miedos y prejuicios sobre la materia, lo mejor que podemos hacer es mirar más allá de la cuestión de las pruebas y tomar en consideración nuestros motivos y la verdad que ya conocemos.

Lo que la Iglesia Católica ofrece a todos es una visión más profunda de la vida humana y la posibilidad de verdadera felicidad y plenitud. Si no nos interesan las cosas grandiosas – inmensa alegría, inmensa bondad, alcanzar el éxito en sabiduría, felicidad y amor – entonces, la cuestión de la realidad de Dios, probablemente no tendrá tanta importancia para nosotros. Si nos consideramos sólo “animales más listos”, entonces la Iglesia nos invita a descubrir la profundidad y la grandeza de la naturaleza humana, que es la forma de ver la urgencia y el significado de las cuestiones acerca de Dios.

¿EXISTE ALGUNA PRUEBA DE LA EXISTENCIA DE DIOS?

Puesto que la misión de la Iglesia Católica es la pública proclamación del Evangelio, ésta propone “pruebas” no oficiales acerca de la existencia de Dios. La tarea de realizar argumentos filosóficos corresponde a los eruditos individuales. Los argumentos acerca de Dios recaen en tres grupos: los argumentos *ontológicos* (de la realidad, definición o idea de Dios), los argumentos *cosmológicos* (del mundo físico), y los argumentos de la *naturaleza y la experiencia humana*. Siguiendo los lineamientos del *Catecismo de la Iglesia Católica* (1998), le daremos un breve vistazo a ejemplos de las afirmaciones del mundo material y de la experiencia humana. (cf CEC 31)

CONOCER A DIOS MEDIANTE EL MUNDO FÍSICO

Las “pruebas” o argumentos cristianos más antiguos sobre la existencia de Dios forman parte de lo que se llama *teología natural*,

el estudio o debate de lo que podemos saber acerca de Dios mediante nuestros poderes humanos naturales. Tradicionalmente, la teología natural comienza con argumentos cosmológicos el estudio de la existencia de Dios, argumentos basados en lo que todos podemos aprender del mundo físico. Un argumento cosmológico toma algún dato acerca del mundo y demuestra que dicho dato sólo puede tomarse en cuenta mediante la existencia de Dios. La Biblia misma nos sugiere el principio de este tipo de argumentos, p.ej.: en el Salmo 19. donde el cielo “proclama la gloria de Dios” y que el día y la noche “van dando la noticia” de su gloria. San Agustín (354-430) tomó este salmo para simbolizar que los cuerpos celestiales “hablaban” de Dios al ser la clase de cosas cambiantes que requieren de un creador constante como razón de su existencia, (cf. *Confesiones* de San Agustín, 11.4) lo cual es la posición tomada por los eruditos posteriores con argumentos más detallados.

CASO # 1: CAUSAS Y EFECTOS

El primer “Caso para Dios” se toma de Santo Tomás de Aquino. Es la segunda de cinco “formas” o pruebas propuestas en su *Suma Teológica* (I, 2, 3). Santo Tomás no escribió este argumento para convertir ateos, sino para demostrar la sensatez de aceptar la existencia de Dios. (También deseaba ilustrar el alcance de la teología y la relación de la razón humana con la fe).

Al observar el mundo encontramos causas y efectos. El mundo físico está lleno de cosas que ejercen influencia entre sí. Los niños son la causa de los padres. Las vigas y los muros son la causa de que los techos de las casas se sostengan. Los trenes se mueven porque las locomotoras tiran de ellos. Cuando vemos cosas cambiantes o cosas

sin razón de ser, naturalmente preguntamos: “¿Por qué?”. Preguntamos qué las *causó*.

En su argumento, Santo Tomás está pensando en algo como un techo al que sostienen los muros o como una pila de tabiques. Nada está necesariamente moviéndose o cambiando, pero una cosa depende de la otra para poder ser. Tarde o temprano, nuestra cadena de causas y efectos debe tener un inicio. No puede retroceder para siempre. Decir que retrocedió para siempre sería ridículo, sería como decir que podríamos estibar un número infinito de tabiques sin tener uno en la base para sostener los demás. Sería como tratar de colgar una larga cadena agregándole eslabones en la parte superior: no importa cuántos eslabones agregamos, necesitaríamos algo más que un eslabón (nuestra mano o un gancho seguro) para sostenerlos. En un mundo de cosas que dependen de causas, debe haber alguna realidad que sea independiente, que no dependa de nada más. Esta primera realidad es radicalmente diferente del resto. Algo debe ser autosuficiente, independiente, fortuito. A este ser fortuito es al que los cristianos se refieren cuando hablan del Dios que creó y sustenta todas las cosas. Este argumento no demuestra que la “causa fortuita” tiene todas las características que los cristianos atribuyen a Dios: no prueba que sea una persona, buena, justa, o interesada en nosotros.

Todo lo que dice es que existe un ser de quien los otros dependen, quien los sustenta y es la explicación para el mundo.

CASO # 2: EL DISEÑO DEL MUNDO

Puede extraerse otro argumento a partir de la observación del orden del universo. Por ejemplo, podemos ver que las plantas actúan en su

propio beneficio. Giran sus hojas hacia la luz solar, echan raíces para buscar agua, dan semillas en la estación correcta y mudan sus hojas en invierno. Nadie piensa que las plantas deciden estas cosas, o que las planean; decimos simplemente que es natural. Pero, ¿cómo sabe qué hacer algo sin poder de razonamiento? ¿Cómo puede actuar para beneficios futuros? ¿Cómo puede lograr su propio florecimiento? ¿Cómo se desarrolló, adaptó o evolucionó de modo que reproduzca futuras generaciones mediante la grana? Para que cosas sin inteligencia como las plantas o los virus actúen para su propio bienestar, deben estar constituidas adecuadamente por un creador con inteligencia y predicción. El magnífico orden y la armonía de las cosas individuales (sin mencionar el balance y el orden de las cosas que trabajan juntas) no tienen más explicación razonable que ésta. No sólo el hecho de que las cosas trabajen bien y trabajen juntas, sino el hecho que actúen para efectos futuros, nos dice que no suceden por casualidad sino mediante planeación e intención.

Para poder negar esto, alguien tendría que declararse a favor del materialismo y decir que el mundo entero sencillamente existe y es como es, y que no hay que buscar ninguna otra explicación. Aunque algunos pueden considerar esto como una posibilidad viable, es necesario que aceptemos una frustración fundamental: debemos aceptar no cuestionar qué causa la existencia de las cosas, y debemos asumir en la fe que *no existe causa que podamos conocer*. El materialismo no aclara cómo estar seguros de que no existe una causa para las cosas; sencillamente nos pide que aceptemos que el mundo físico es, sin razón alguna, todo lo que es.

Los católicos sostienen que la existencia de Dios se puede conocer no sólo mediante el mundo natural sino también mediante la naturaleza y experiencia del ser humano. (cf. CEC 31). Esta segunda clase de “prueba” es más controvertida que aquellas que se enfocan en el cosmos tangible. La dificultad reside en estar de acuerdo en cómo describir e interpretar las experiencias universales de conciencia, amor, soledad, intuición, y similares.

Después de todo, muchas personas no las analizan en absoluto, sino que las dan por sentado. Los argumentos cosmológicos, que apenas requieren de introspección o autoexamen, son más “objetivos” y se verifican con mayor facilidad mediante el sentido común.

CASO # 3: LA CONCIENCIA

John Henry Newman sostenía que la conciencia apunta a la existencia de Dios. Señala que por conciencia entendemos dos cosas: nuestro poder de juzgar posibles actos, y nuestros sentimientos (una vez que hemos actuado) respecto a que se nos apruebe o se nos culpe. Newman sostiene que nuestro sentido del bien o el mal de nuestros actos siempre incluye un sentido de obligación y responsabilidad hacia otra persona invisible.

Cuando hemos actuado bien o mal, no nos sentimos igual que con las *ideas* del bien o el mal, o incluso como nos sentimos cuando hemos hecho algo (p.ej. dibujar un retrato) que cumple o no con nuestro sentido de belleza y proporción. En lugar de eso, cuando hacemos algo bueno o malo, *sentimos* que hemos logrado (una “buena

conciencia”), o descuidado y traicionado (una “mala conciencia”), un deber, una obligación y responsabilidad personal. Por conciencia, sentimos que alguien más está implicado en nuestra vida moral. Así veamos o no realmente a alguien herido, o que es testigo de nuestros actos o que nos está juzgando.

Esto, dice Newman, es lo que llamamos la voz de la conciencia. “Mi conciencia me *dice*...” “Haz lo que tu conciencia *dice* que es correcto...”. Newman escribe: Si según los casos sentimos responsabilidad, vergüenza, temor por la trasgresión de la voz de la conciencia, ello implica que hay Uno ante quien somos responsables, ante quien nos sentimos avergonzados, cuyas exigencias sobre nosotros tememos. Si al actuar incorrectamente sentimos la misma tristeza, dolorosa angustia que nos agobia al lastimar a una madre; si al actuar bien disfrutamos la misma alegre serenidad mental, el mismo regocijo reconfortante, satisfactorio que se siente al recibir elogios de un padre, seguramente tenemos en nosotros la imagen de alguna persona a quien se dirige nuestro amor y veneración, en cuya sonrisa encontramos nuestra felicidad, por quien sentimos nostalgia, a quien dirigimos nuestras plegarias, cuya ira nos atormenta y nos consume.

La causa que motiva en nosotros dichos sentimientos debe proceder de un ser inteligente: no sentimos afección por una piedra, ni sentimos vergüenza ante un caballo o un perro; no sentimos remordimiento o compasión al quebrantar una simple ley humana; pero así es, la conciencia despierta todas estas emociones dolorosas, confusión, aprensión, autocondena; y por otro lado, arroja sobre nosotros una profunda paz, una sensación de seguridad, una resignación, y una esperanza, que ningún objeto terreno, sensible

provoca. “El malvado huye cuando nadie lo persigue” (cf. Pro 28,1); entonces, ¿por qué huye? ¿De dónde proviene su terror? ¿A quién ve en la soledad, en la oscuridad, en lo más recóndito de su corazón? Si la causa de estas emociones no es de este mundo visible, el Objeto adonde se dirige nuestra percepción debe ser sobrenatural y divino; de este modo los fenómenos de la conciencia, como un mandato, pueden impresionar la imaginación con la figura de un supremo Gobernador, o Juez, santo, justo, poderoso, omnisciente, remunerador y que es el principio creativo de la religión, del mismo modo que el sentido moral es el principio de la ética.

El caso que Newman presenta es real para muchas personas y ayuda a mostrar la sensatez de reconocer la existencia de Dios. No pretende por ello *probar* que existe un Dios, sino mostrar cómo nuestros sentimientos naturales y la experiencia moral apoyan y se adaptan con precisión a la verdad de que existe un Dios, un Dios interesado en nuestro bienestar.

CASO # 4: INQUIETUD HUMANA

Podría presentarse otro caso convincente acerca de la existencia de Dios partiendo del hecho de la inquietud y el deseo humanos. No se trata de un argumento deductivo, con etapas lógicas estrictas, sino de una línea de pensamiento que muestra cómo la condición humana señala o sugiere que existe un Dios.

Al principio de sus *Confesiones*, San Agustín escribe: “Tu nos has hecho, Señor, para Ti, y nuestro corazón no halla sosiego hasta que descansa en Ti”. Es el tema principal de todo el libro; si nos conocemos a nosotros mismos, sabemos que somos incompletos e

inquietos. Nuestros placeres no perduran. Deseamos la felicidad perfecta en algo y luego pasa o nos aburre. Tenemos un apetito infinito de amor seguro, felicidad, paz, sabiduría, comunión personal y en ningún lugar en la vida vemos un objeto infinito que iguale el anhelo de nuestro corazón.

San Agustín, al igual que toda la tradición católica, dice que Dios es el anhelo de nuestro corazón. Es Dios a quien queremos aunque apenas lo conozcamos. Es como si nuestros corazones estuvieran encerrados y Dios fuese la llave, la pieza faltante sin la que nos arrastramos en la incompletitud. No importa lo que usemos para tratar de llenar el hueco, nada permanece en su lugar ni nos brinda verdadera satisfacción, verdadera felicidad.

¿Debe existir un Dios sólo porque tenemos un profundo anhelo de uno? No, nuestro anhelo podría significar otra cosa. Es como el caso de la sed física: que un hombre tenga sed, no es una prueba fehaciente de que haya algo que pueda beber, o de que encontrará algo. Aun así, ambos deseos sugieren sin duda la posibilidad de satisfacción. El sentido común dice que de alguna forma los anhelos se apegan a la realidad (razón por la que nadie despierta con hambre de emparedados de unicornio). Quizás no logremos lo que anhelamos – felicidad perfecta, paz y cosas por el estilo – pero hay algo razonable cuando decimos que este anhelo humano universal es una buena base para pensar que a nuestro anhelo incansable le corresponde algo de realidad.

En un libro de meditaciones, Newman escribió: ¿Quién sino Tú puede hacerme feliz? También si yo tuviera, como ahora, a disposición todas las posibilidades del tiempo y el sentido que puede

ofrecerme el espíritu del mundo, en el curso de una generación, es más, de solo pocos años, ¿acaso no me llenaría de hastío? Si el mundo presente tuviera duración eterna, ¿podría acaso saciar mi alma? ¿Acaso hay algo terreno, aún ahora, que a la larga no me canse? ¿Acaso ama el viejo las mismas cosas que el joven? ¿No estamos sometidos tal vez a un cambio perpetuo? Estoy seguro, Dios mío, de que llegará un día, no importa que esté lejos o cerca, en el que se habrán agotado todas mis alegrías mundanas. Tú solo, Señor mío, eres el alimento capaz de saciarme para toda la eternidad. Tú solo, puedes satisfacer el alma del hombre.

La sensibilidad hacia nuestra imperfección y una conciencia de nuestra preparación para un bien más allá del “tiempo y el sentido” no prueba instantáneamente la existencia de Dios, pero, como el razonamiento de Newman respecto a la conciencia, señala una explicación razonable: anhelamos permanecer y realizarnos en un bien divino porque tal cosa es posible. Nuestro impaciente anhelo es un síntoma de que estamos lejos de Dios quien nos hizo para Él.

PASOS PARA CONOCER A DIOS

Hasta el momento, hemos visto algo sobre cómo las personas pueden adquirir algún conocimiento natural acerca de Dios. Sin embargo, lo que puede adquirirse de esta manera con frecuencia no es la clase de conocimiento que buscamos. Por una parte, es muy limitada. El conocimiento que podemos tener acerca de Dios mediante el razonamiento natural sería como saber que el cónyuge de uno existe, que está consciente, y que realmente está unido a uno por el matrimonio: vale la pena saber estos datos, ¡pero dejan mucho que desear! Nuestro conocimiento de Dios, así como el de un cónyuge o

amigo, puede ser de índole mucho más familiar e íntima. Después de todo, no vamos simplemente tras ideas verdaderas, sino tras un contacto inteligente con la realidad viviente. Las diversas “pruebas” y argumentos que pueden ayudarnos a ver la racionalidad y necesidad de admitir la existencia de Dios, finalmente no pueden satisfacer nuestro deseo de conocerlo.

Las facultades del hombre lo hacen capaz de conocer la existencia de un Dios personal. Pero para que el hombre pueda entrar en su intimidad, Dios ha querido revelarse al hombre y darle la gracia de poder acoger en la fe esa revelación en la fe. (CEC 35)

La razón de que las pruebas y argumentos acerca de Dios no sean suficientes es porque se requiere diariamente de una comunión viva con el Dios que nos creó. Sin embargo, debido a que es Dios, y es el Dios verdadero (no un insignificante espíritu pagano), no podemos apropiarnos de Él. La intimidad con Dios solo es posible si Dios mismo tiende un puente entre Él y nosotros. Los católicos reconocen que es Dios quien *ha* tendido el puente al revelarse a Sí mismo, y más importante aún, al convertirse en uno de nosotros sin dejar de ser Dios. Creemos que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, por medio de Él conocemos a Dios y (especialmente mediante los sacramentos) entramos en la vida de Dios. Esto no es algo que tratamos de probar o demostrar con argumentos, sino lo que la Iglesia conoce, gracias a la revelación de Dios de Sí mismo. Dejamos aquí nuestra disertación acerca del conocimiento natural y ofrecemos una visión “interna” (desde el punto de vista de la Iglesia) que depende de la fe.

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, (cf. Ef 1, 9) mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina... La verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a su tiempo mediador y plenitud de toda la revelación”. (DV 2 y Cf. Mt 11, 27; Jn 1, 14 y 17; 14, 6; 17, 1-3; 2 Co 3, 16 y 4, 6; Ef 1, 3-14.) Dios... se deja ver a la inteligencia a través de sus obras. (Cf Rm 1, 19-20.)

Queriendo abrir el camino de la salvación sobrenatural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio. Queriendo además abrir el camino de la salvación sobrenatural, se reveló desde el principio a nuestros primeros padres [a Abraham y los Patriarcas y a Moisés y los Profetas]... Y de esta forma, a través de los siglos, fue preparando el camino del Evangelio. (cf. DV 3) “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo”. (Hb 1,1ss) Por eso envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, hombre enviado, a los hombres, “habla palabras de Dios”(Jn 3, 34) y lleva a cabo la obra de la salvación que Dios le confió. (Cf. Jn 5, 36; 17, 4.)

Por tanto, Jesucristo – ver al cual es ver al Padre (Cf. Jn 14, 9.), con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio

divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna”. (DV 4)

Si bien la Iglesia nunca afirma que cualquiera de estas cosas pueda probarse por conjetura natural, la lógica del Evangelio – o, podríamos decir, el resplandor de la Sabiduría de Dios – sobresale cuando consideramos la idea de un Dios que trasciende totalmente la creación del mundo pero que sin embargo, está empeñada en atraer a Sí mismo a las criaturas capaces de unirse a Él. Como personas, somos el tipo de seres, con poderes de amor y entendimiento, que pueden tener alguna relación con Dios. Pero como Dios es fundamentalmente diferente de nosotros y está más allá de nuestro alcance, y como no está en nuestro poder parecernos a Él repentinamente, le corresponde a Dios – sin dejar de ser Dios – acercarse a nosotros para unirnos a Él mediante instrumentos apropiados para nosotros.

Existen dos caminos prácticos para la gente que desea conocer a este Dios, el Dios que se revela a Sí mismo, para buscarlo. Ambos requieren actos de fe. Ambos requieren nuestra buena voluntad para hacer cierto tipo de inversión, sin certeza tangible (o, podríamos decir, científica) de recompensa. Dios no nos *debe* nada ni se convierte en objeto de nuestra manipulación, pero voluntariamente promete una recompensa a aquellos que lo buscan en la fe.

La oración es el principal instrumento mediante el cual la gente es llamada a buscar a Dios. Por la creación Dios llama a todo ser desde la nada a la existencia.... Incluso después de haber perdido, por su pecado, su semejanza con Dios, el hombre sigue siendo imagen de su

Creador. Conserva el deseo de Aquél que le llama a la existencia. Todas las religiones dan testimonio de esta búsqueda esencial de los hombres. (cf. CEC 2566.) Olvide el hombre a su Creador o se esconda lejos de su Faz, corra detrás de sus ídolos o acuse a la divinidad de haberlo abandonado, el Dios vivo y verdadero llama incansablemente a cada persona al encuentro misterioso de la oración. Esta iniciativa de amor del Dios fiel es siempre lo primero en la oración, la iniciativa del hombre es siempre una respuesta. (cf. CEC 2567)

Hablar con Dios en la oración no es fácil, especialmente si es nuevo para nosotros, si tenemos el hábito de ignorar nuestra conciencia, o si no estamos seguros si Dios es real o no. Quizás el mejor consejo es: *traten* de orar. Quizás tengamos que acercarnos a Dios con duda e incertidumbre, pero es más importante hacer un esfuerzo sincero y sin pretensiones, que no hacer nada.

-

Podemos pedirle a Dios que nos permita conocerlo, podemos pedirle a Dios que nos guíe. Podemos pedir por el deseo de orar. Si estamos llenos de dudas, incluso podríamos pedir tener que orar condicionalmente y hacer una breve oración al Dios que no estamos seguros que nos esté escuchando: “Señor Dios, si estás ahí escuchándome, ven y ayudarme, ya que solo no puedo encontrarte”. Para algunos podrá parecer tonto, pero cualquiera que busque a Dios probablemente ya haya comenzado con este tipo de oración, al menos en el sentido en que no hace ningún daño y podría hacer algún bien. (cf. CEC 2725 ss)

A cualquiera que trate de rezar y desee saber si la fe católica es verdadera, probablemente se le ocurra que el segundo paso práctico a seguir es averiguar lo qué la Iglesia profesa. Para algunos, esto significaría iniciar una educación formal y quizás incluso seguir los pasos del Bautismo y los otros sacramentos de iniciación de la Iglesia. Para otros, la idea de abrazar la fe de la Iglesia podría ser muy remota, pero serían recomendables lecturas adicionales, o conversar con un sacerdote u otro creyente. Debido a que no todos se sentirían seguros de dar estos dos serios pasos, aquellos que quieran saber si Dios es real estarían en camino de conocerlo mejor si intentan orar y acercarse más al Evangelio que la Iglesia Católica profesa y predica.

NOTA: este texto fue bajado de:

http://www.icharbel.com/iCharbel/i-Servicios_de_Formacion_Catolica_files/5%20%C2%BFEXISTE%20DIOS%3F.pdf

S O B R E E L A U T O R

Padre Bernard Mulcahy es un sacerdote de la Orden de los Predicadores (los dominicos). Nació en Staten Island, Nueva York, y ha sido profesor de teología en Benedictine College en Atchison, Kansas, y en Providence College, en Providence, Rhode Island. Padre Mulcahy es Caballero de Colón, tal como lo fueron su padre y su abuelo.

P. Luis Rocha